

en que iba á depositar en ella el último bollo que quedaba en la bandeja.

— ¡Oh! (exclamó al verse solo.) Mi matrimonio no ha sido un gran negocio : esta niña mimada tiene ideas muy extravagantes ; pero, á lo menos, es franca, y sería mucho peor que no lo fuera. ¡Bah! Allá veremos. Después de todo, la vida que se propone hacer no es mala, y, además, es barata.... Yo creo que está celosa.... En cuanto á sus consejos, la cosa varía. Sea V. generoso...., abra V. la mano...., arruínese V...., porque la señorita lo quiere....

Dijo: apuró el vaso de leche que estaba sobre la mesa, se tendió en la butaca, y se quedó profundamente dormido.



DIÁLOGO SÉPTIMO

EN MADRID.



A ve V., amigo Jorge, que mi cara mitad nos abandona también hoy, dejándonos almorzar solos. ¿No le parece á V. rara esta conducta?

—Sin duda, Sr. D. Jaime ; pero las mujeres son caprichosas. Decir mujer, es decir capricho.

—Ciertamente ; mas esa explicación no puede satisfacerme. ¿Qué haría V. en mi caso, puesto que se halla V. enterado de lo que me sucede?

—Verdaderamente no sabría qué hacer, y acaso tenga V. razón al creer que Inés está celosa. ¿Ha incurrido V. en alguna infidelidad que haya podido?....

—No.

—Entonces, no sé qué pensar.

—En Zumaya, la víspera de nuestra vuelta á Madrid, me propuso el plan de vida que V. cono-

ce. Yo accedí por pura condescendencia, esperando que al fin ella misma rompería el propósito de esta separación íntima. Pero no; cada vez se aleja más de mí.... ¡Esa Rosalía!.... ¡Quién sabe! ¿Recuerda V. la noche que paseamos por el jardín, mientras V. se quedó con Inés?

—Sí, lo recuerdo perfectamente.

—Pues bien: yo no sabía con qué pagarle el obsequio que me hacía, presentándose su hermoso brazo, en el cual apoyaba yo el mío, porque la rodilla en que había recibido el golpe me pesaba como una montaña; y, ¡claro está!, le dije cuantas cosas amables me ocurrieron.... Es verdad que se reía como una tonta oyendo mis galanterías; pero me acomete la sospecha de que haya creído que yo trataba de conquistar su afecto; y en tal caso, ¿qué inconveniente hay en presumir que la ligereza de su lengua para con mi mujer sea la causa de este retraimiento, que, en honor de la verdad, se me va haciendo pesado?

—Es posible, —contestó Jorge, encogiéndose de hombros.

—Pero entonces (prosiguió diciendo el marido), ¿cómo vive con ella?... ¿Cómo no consiente separarla de su lado? ¿Cómo le demuestra una predilección tan marcada?

—¡Ah! (exclamó Jorge.) Eso, en todo caso, la asegura de cualquier eventualidad. Se ha constituido, por lo visto, en espía de su rival.

—¡Ciertos son los toros! Acaba V. de poner el

dedo en la llaga. Inés tiene celos de su amiga. Muy bien. Pero esto será interminable, y es preciso cortar por lo sano. Hay que dar un golpe decisivo.

—¿Cómo?—preguntó Jorge.

—Verá V. Hoy cabalmente hace quince días que volvimos de Zumaya, y este es el plazo que yo puse á mi condescendencia.

—¿Y bien?

—¡Claro está! Inés se encuentra con su amiga. Vamos á sorprenderlas. Quiero que sea V. testigo de nuestra reconciliación. Verá V. qué escena tan dramática. Rosalía no se atreverá á sostener en mi presencia que yo.... ¿Comprende V.? Vamos: déme V. su brazo.

—Tal vez mi presencia (replicó Jorge) sea inconveniente....

—Nada de eso: me viene V. de molde. ¡Diantre! Es V. jurisconsulto, tiene V. un lenguaje ardiente y persuasivo, y en este juicio de conciliación, nadie como V. puede ser mi hombre bueno. Es preciso convencer á Inés de que soy inocente. Hay que deshacer la diabólica intriga de esa amiga funesta que se ha interpuesto entre nosotros.

—Sea, —dijo Jorge.

—Por aquí (añadió el marido de Inés, tomando el brazo de su amigo). Vamos con tiento: no hagamos ruido, porque sería de un gran efecto y aseguraría el éxito de esta expedición, si consiguiéramos sorprender alguna palabra. Vamos á dar un golpe maestro.

—¿Se acuerda V. del que dió en Zumaya?

—¡Oh! Sí, me acuerdo; todavía me duele esta maldita rodilla. Aquello fué atroz. ¡Quién había de pensarlo! Pero ahora no debemos temer semejante contratiempo.

—¡Ah! (exclamó Jorge.) ¿Este es el tocador de Inés?

—Justamente.

—Sí, aquí veo su retrato.

—Sí, señor; su retrato con el traje de boda.

¿Qué le parece á V.?

—¡Oh! Admirable.

—Es, sin duda alguna, hermosa.

—Mucho.

—Está triste y desdenosa.

—Es verdad; desdenosa y triste.

—¡Chist!.... Me parece que oigo la voz de Rosalía. Acerquémonos á esta puerta. Esta habitación contigua comunica con la casa de esa funesta amiga; es decir, la casa es mía, pero ella la vive casi de balde. ¿Aún está V. contemplando el retrato?

—Sí (contestó Jorge). Soy algo aficionado á la pintura, y me parece este cuadro una obra maestra.

—¡Ya lo creo que lo es! Como que me costó diez mil reales, duro sobre duro. Vamos por aquí; entremos.

—En efecto (dijo Jorge entrando, empujado por su amigo). Parece que hablan al otro lado de la pared.

—Más bajo, no nos oigan: son ellas. Acerquémonos á la puerta, y oiremos mejor.

—Esto me parece una alevosía.

—No tal: es simplemente curiosidad. Y ¡oh ventura! La puerta está entreabierta, y aquí, detrás de la cortina, no vamos á perder palabra.

—¿Y si nos sorprenden?

—Ellas serán las sorprendidas.

—Yo....

—¡Silencio, amigo Jorge! ¿Oye V.?

—Sí.

—Pues oigamos.

.....

—¡Ah, Inés! No te esperaba tan temprano.

—Lo creo; pero hoy quiero almorzar contigo.

—Me alegro; mas debo advertirte que vas á dejar solo á tu marido. Habéis convenido no veros más que á las horas de comer; es lo que tú llamas vuestro *pacto secreto*, y ya que él parece por ahora resignado, tú no debes abusar de su condescendencia. ¿Te ríes?

—Sí, me río, porque Jaime, para almorzar bien, no necesita más compañía que la de un buen almuerzo. Además, hoy almuerza con su amigo...., ¡pues!...., con su amigo Jorge. Huyendo de ambos he venido yo á almorzar contigo. Hablemos de otra cosa. ¿Estás contenta en Madrid?

—Sí, estoy muy contenta, y no sé con qué pagarte tanto beneficio. Me proporcionas esta casa, que es una taza de plata. Es verdad que no hay huerta como la que tenemos en el pueblo; pero en cambio tiene esa puerta que comunica con tu casa,

y que tú has hecho abrir para que pasemos el día juntas, sin necesidad de salir á la calle; y aunque Madrid no me gusta, ya ves que yo no vivo en Madrid, sino en mi casa, cerca de ti, ó, mejor dicho, siempre contigo, á la mira del loco de Julián, que se ha empeñado en ser ministro, y con mi hija. Figúrate si estaré contenta.

—Eso es lo que yo quiero.

—Perfectamente; pero esto no puede durar.

—Pues es preciso que dure.

—Y ahora que me acuerdo, hoy hace quince días que volvimos de nuestra expedición á Zumaya, y de quince días fué el plazo que impusiste á mi silencio. En todo este tiempo no he hecho más que obedecerte y callar. Ya es tiempo de que hablemos formalmente. Siéntate, siéntate.

—Me siento; pero á mi vez debo advertirte que nuestra conversación será inútil.... Hablemos enhorabuena, pero sea de otra cosa.

—No, no. Sospecho que has tomado una resolución poco meditada, y es preciso que me oigas.... No siempre has de hacer tu gusto. Te di palabra de guardar silencio acerca de tu extraño proceder, y me he sometido á tu capricho sin replicar; se ha cumplido el plazo de mi compromiso, y voy á hablar por los codos. ¿Te ríes? Bueno. Oye, sin embargo, lo que voy á decirte. Inés: ¿qué propósito es el tuyo? Respóndeme.

—Salvarme, querida Rosalía, salvarme; ni más, ni menos.

—¿De qué?

—Te lo he dicho mil veces: de mí misma.

—Eso no es decir nada.

—Precisamente, es decirlo todo.

—¿No crees en tu virtud?

—Sí.

—Entonces....

—Por eso.

—Pero tu marido no consentirá por mucho tiempo esta separación inexplicable.

—No tiene más remedio que consentirla.

—¿Por qué?

—Porque si se obstina en romperla....

—¿Qué?

—¡Oh!....

—¡Oh! ¿Qué quiere decir *oh*?

—Quiere decir que seré capaz de todo.

—¡Inés!....

—Sí; como lo oyes.

—Pero, en fin, ¿es bueno lo que haces?

—Lo ignoro; pero puedes estar segura de que sería mil veces peor lo que pudiera hacer, si no buscara este refugio contra mí misma.

—Pero, ¡bien! : yo no puedo hacerme cómplice de una separación que me parece...., cuando menos, peligrosa.

—En ese caso, serás cómplice de mi perdición.

—Además, Inés, te comprometes mucho: estoy segura de que viendo tu marido la conducta que sigues....

- ¿Qué hará?
 —Desesperarse.
 —¿Y bien?
 —Imagínate....
 —¿Qué debo imaginarme?
 —Cálculalo tú.
 —¡Ya! ¿Crees que su desesperación le lleve al extremo de suicidarse?
 —No.
 —¡Vamos! Temes, sin duda, que su pena le conduzca al borde del sepulcro, y cierre el ojo para siempre. Tu imaginación te anticipa esta desgracia, y eres muy capaz de creer que se morirá de sentimiento.
 —Se morirá de cualquier cosa, y he ahí el caso.
 —¡El caso de su muerte!
 —Eso mismo.
 —No permita Dios que yo le desee el reposo eterno; porque creo que ha de tener que dar muy estrecha cuenta á la justicia divina.
 —¡Vamos, Inés!: todo lo sacas de quicio. ¿Acaso tu marido es un criminal? ¡Pobre hombre!
 —Yo no lo juzgo.
 —¿Qué mal ha hecho?
 —¡Ah, Rosalía! Sólo Dios lo sabe....; porque nosotros no podemos medir con exactitud el mal que hacen ó dejan hacer todos esos seres egoístas que pasan por la vida sin hacer bien ninguno.
 —Convengo; pero la cuestión es que tu marido puede morirse.

- Sin duda.
 —Y en tal caso....
 —¿Qué?
 —¡Claro está!
 —Veamos.
 —No se acordará de ti.
 —¡Ojalá y no se hubiera acordado nunca!
 —Bien; pero ahora ya te conviene que se acuerde.
 —¿Qué dices?
 —Que antes de morir se hará testamento. ¡Ah! No me mires con esos ojos espantados.... Estoy diciéndote la cosa más natural del mundo. ¿No habías tú pensado en ello?
 —Acaba, acaba.
 —Digo que hará testamento; y si te emperras en llevar adelante esta separación, debemos suponer que no hará á tu favor su testamento.
 —¡Muy bien! Eso dirá todo el mundo que es muy juicioso, como decían que era yo muy juiciosa cuando decidí casarme con el hombre que mi codicia había elegido. Entonces no me dejaron ver que vendía mi felicidad, y tú ahora me aconsejas que venda mi virtud.
 —Mujer, ¡qué cosas dices!
 —Sí, Rosalía; tienes un corazón honrado y bueno; pero también ha penetrado en él este espíritu positivo que por todas partes se respira.
 —Yo....
 —Tú me propones pura y simplemente que vuelva á venderme.

—¡Oh! No se puede hablar contigo. ¡Ves las cosas de un modo!... Vamos, ¿qué desearé yo para ti, á quien quiero tanto como á mi marido? No, digo mal; tanto como á mi hija.

—¡Claro es! Quieres para mí la felicidad. Eso quiso mi madre, eso quiso mi familia, eso quisieron mis amigos, eso quise yo misma...., y ya ves si soy dichosa.

—Te has empeñado, Inés, en que tu marido es insoportable, y yo te digo que la virtud te manda soportarlo.

—Él no puede ni sabe defenderme.

—Mejor: más heroico será tu sacrificio.

—¡Ay, Rosalía! Jorge es su amigo, lo visita diariamente...., y este peligro es superior á mis fuerzas.

—Es decir, que no has podido dominar esa inclinación de tu alma.

—No, no puedo. Me siento vencida, y por eso huyo, por eso me refugio aquí y paso el día contigo, buscando en tu compañía la defensa. Si Jorge me viera, un día ú otro descubriría en mi agitación, en mi semblante, en mis ojos, la pasión que por él he concebido; y si llega á sorprender este secreto de mi alma, créeme, Rosalía, estoy perdida. Huí de él en Zumárraga, lo desahucé en Zumaya, alejándolo de nuestro lado, á pesar de mi corazón...., ¡ay!, á pesar de mi marido, y no quiero volver á verlo, porque no podría ocultarle que es dueño de mi pensamiento.... ¡Ah! ¡Y mi marido

lo trae todos los días á su casa, y yo oigo sus pasos que retumban en mi alma, y siento su voz que penetra en mi corazón!

—¡Calla! (exclamó Rosalía, poniéndole la mano en la boca.) Hablas demasiado fuerte, y me ha parecido oír pasos en la habitación inmediata que comunica con tu casa. Espera...., espera....

Y, sin detenerse, levantó la cortina que separaba las dos habitaciones, y registró con los ojos la pieza inmediata, y volvió diciendo:

—No hay nadie, aunque la puerta de comunicación entre tu casa y la mía está abierta. ¿La has dejado tú así cuando has venido?

—No lo recuerdo,—contestó Inés.

Ambas amigas permanecieron pensativas mucho tiempo, sentadas frente á frente y con los ojos bajos. Ninguna de las dos parecía dispuesta á romper tan prolongado silencio. Inés lo había dicho todo, y verdaderamente nada tenía que añadir. Rosalía, que empezó este diálogo resuelta á hablar por los codos, es decir, dispuesta, por lo visto, á convencer á Inés para que rompiera el *pacto secreto* de aquella separación, que no le cabía en la cabeza, se encontró sin palabras con que llevar á cabo su juicioso proyecto, quedándose muda, como si las últimas palabras de su amiga le hubieran atado la lengua.

Después de mucho tiempo de silencio, abrieron los ojos y se miraron atentamente, como si con esta mutua mirada quisieran leer sus respectivos

pensamientos ; pero los ojos de ambas se enturbiaron de pronto , asomando á los párpados algunas lágrimas silenciosas.

—¡Lloras!—exclamó Inés de repente , enjugando sus lágrimas con las puntas de los dedos , al mismo tiempo que intentaba sonreirse.

—Lloro , como tú (dijo su amiga) ; porque ¿ qué quieres? Es muy triste esto.

—Muy triste ; y , sin embargo , si el mundo nos viera , se reiría de nuestras lágrimas.

—Es verdad.

—¡Y bien ! ¿ Insistes en persuadirme?

—No.

—¿ Me abandonarás?

—Nunca.

Volvió á reinar un nuevo espacio de silencio , que probablemente se habría hecho interminable , si en la habitación inmediata no hubiera resonado un ruido sordo y repentino.

—¿ Has oído?—preguntó Inés.

—Sí ; será tu doncella.

—Ó tu hija.

—Veamos.

Las dos amigas se levantaron á un tiempo , y se lanzaron á la habitación inmediata. Inés iba delante ; y apenas alzó la cortina que cerraba la puerta , retrocedió sorprendida y casi aterrada. Rosalía asomó la cabeza , y vió al marido de Inés y á Jorge uno enfrente de otro , trémulos y pálidos.

—¿ Qué ha pasado aquí?—dijo.

—Nada , señora , —contestó Jorge.

—Nada (añadió el viejo) ; ¡ que lo hemos oído todo !

Inés se precipitó en medio de su marido y de su amante , cogió la mano del primero , y la besó con humilde respeto ; y volviéndose á Jorge , le dijo :

—Caballero : lo que acaba V. de oír , le prohíbe , si es un hombre de honor , volver á poner los pies en esta casa. Sería , en primer lugar , inútil , y , en segundo lugar , indigno.

Jorge se inclinó , y , sin atreverse á alzar los ojos , salió de la estancia.

El pobre anciano no pudo resistir por más tiempo , y desplomándose sobre una silla , se cubrió el rostro con las manos , y rompió en sollozos.

Inés le dijo :

—¿ Me comprendes ahora?

—Sí , te comprendo.

—Y bien , Jaime : ¿ qué quieres de mí?

—Que no te separes nunca de Rosalía , y que no veas en mí más que á un padre. El pacto que hicimos en Zumaya será eterno. Perdóname , Inés , como yo te perdono.

Las dos amigas se inclinaron sobre el anciano con los ojos cuajados de lágrimas.

En esto se oyeron pasos precipitados , y una voz de ángel , que gritaba :

—Tu hija , —dijo Inés.

—Nuestra hija , —añadió el anciano.

Entró la niña, vió el cuadro que se ofrecía á su vista, y deteniendo la viva alegría de su semblante, bajó su gentil cabeza, y rompió á llorar, asociando sus lágrimas inocentes á aquella desdicha humana que no comprendía.

FIN.



ÍNDICE

UN ROSTRO Y UN ALMA.

	<i>Páginas.</i>
DEDICATORIA.....	7
PRIMERA PARTE.	
<i>La boda.</i>	
Carta primera.—Un trousseau.....	15
Carta II.—La dormilona, la bata y las babuchas.....	25
Carta III.—Vistabella.....	38
Carta IV.—La luna de miel.....	48
SEGUNDA PARTE.	
<i>Sospechas desvanecidas.</i>	
Carta V.—Visita inesperada.....	61
Carta VI.—Montenegro.....	74
Carta VII.—El arco-iris.....	86
Carta VIII.—Cómplice.....	96
Carta IX.—No es tan fiero el león como lo pintan.....	106
Carta X.—La rosa de te.....	115
Carta XI.—Dilaciones.....	125
Carta XII.—Desencanto.....	136